muchedumbre, que agitada por un soplo de vida ondulaba en un espacio inmenso, veía elevarse los grandes maestros de la ciencia y la virtud, después de tan largo reposo, cual se elevan entre las olas suavemente movidas por el aura, los brillantes astros de la mañana, rasgando las densas tinieblas de una noche dilatada. Superior á la muda naturaleza, considerábala como nada, y mi *ser* parecía desprenderse de ella, absorto en la contemplación de un orden de cosas más excelso. Veía el término de la ignorancia y de la miseria, en la fuente de la salud y de la sabiduría; veía rotas las cadenas de las pasiones, y el espíritu libre y unido al único ser, que puede causar su felicidad. ¡ Qué armonía ! ¡ qué paz ! ¡ Oh ! ¡ pudiera yo expresar las sublimes emociones de mi alma en aquella noche memorable, que derramó sobre mí un raudal de fortaleza y de consuelo ! noche que bendecirán todos mis días; noche en que el insomnio, como para burlarse de la muerte, destruía su imagen, presentándome siempre la hermosísima de una eterna vida ; noche, Elpidio, que ojalá jamás hubiera pasado.

Yo me transportaba al augusto momento en que, abierto el seno de la eternidad, dió origen al tiempo, y la más perfecta criatura reflejó la imagen de su Creador. Resultaron entonces relaciones, que no pueden ser alteradas, sin que lo sean los objetos referidos; y como éstos no pueden serlo, porque el uno es infinito, y ambos son espirituales, aquéllas deben *ser eternas*. Hállase, pues, el hombre eternamente obligado á obediencia, gratitud y amor, al paso que el Ser supremo, es siempre clemente y justo, sin estar obligado, porque no es capaz de obligación, que siempre arguye inferioridad. La obediencia, la gratitud y el amor suponen un conocimiento, que si no es exacto, hace ridículos aquellos homenajes, por ser tributados realmente á un objeto imaginario. Tenemos, pues, que el conocimiento, que forma el hombre de su Creador, debe ser exacto, para que lo sea su religión, y no quede reducida á una farsa. Pero la exactitud de un conocimiento es la conformidad con su objeto, y siendo

éste uno é inalterable, debe aquél también ser uno é inalterable, si no es que pasa á ser error. De aquí resulta, que la religión natural es una é inalterable. Mas el hombre percibe la inmensa distancia entre su facultad conocitiva y el objeto infinito á que la aplica, y ansía por excederse á sí mismo, y profundizar aún más la sublime idea de un Ser tan perfecto; y hé aquí cómo advierte la insuficiencia de la religión natural para hacerlo feliz. Percibe al mismo tiempo, que el Ser infinito puede comunicarle como *don gratuito* conocimientos que él no puede adquirir como esfuerzo natural ; y de aquí la *posibilidad* de la revelación, la cual desde que es necesaria y posible, debe suponerse existente, á menos que no se blasfeme contra la bondad divina. Pero Dios no puede comunicar sino una sola é inalterable idea de sí mismo, y así es que la religión revelada no puede ser, sino *una é inalterable*. Resulta pues, que la religión, ora natural, ora revelada, no puede ser sino una é inalterable, y que la pluralidad de religiones es el mayor absurdo filosófico.

¡ Ah ! ¡ mi Elpidio ! ¡ Qué tristes reflexiones formó mi espíritu, comparando estas doctrinas con la historia de las vicisitudes religiosas de los pueblos ! ¡ Qué horrible me pareció en aquellos momentos el monstruo de la Superstición ! Ella ha separado á los hombres de su Dios, y de sí mismos; ella ha acibarado el corazón humano; ella ha inquietado las familias, incendiado las ciudades, asolado las naciones, y cubierto el orbe de víctimas de su crueldad. Apenas puede abrirse una página de la historia sin notar sus estragos. Ella ha hecho gemir al *saber*, gloriarse la impiedad, desmayar la energía, elevarse la impudencia, decaer la religión, y erigirse la infame hipocresía.

PBRO. D. F. VARELA *(Cuba.)*

EL CAFÉ.

En más de una ocasión, y con diversos motivos, se ha repetido el célebre dicho: *valemos más que nuestros antepasados;* y muchas veces también ha suscitado acaloradas polémicas, afirmando los unos que expresa la verdad, y los otros que nó. Todos hubiesen quedado conformes y en perfecta armonía, si en lugar de aquella proposición se hubiera emitido esta otra: *nosotros, los hombres de hoy, gozamos mucho más que nuestros antepasados.* Vengan, si no, los apasionados del café á decidir la cuestión, ya que no hay tiempo para oir á todo el mundo.

No tardarían en acudir al llamamiento y en responder al instante; que el café, la bebida por excelencia, está en nuestros días al alcance de las clases más pobres, cuando en la antigüedad se vieron privados de ella los magnates más opulentos de Grecia y Roma, esos Lúculos tan ponderados.

Es el café una de las adquisiciones más preciosas que ha hecho la humanidad en los tiempos modernos, porque usado como bebida y en dosis convenientes, ejerce sobre la economía una acción doblemente útil: obra sobre el cerebro comunicando una vida extraordinaria al pensamiento, y sabido es que Voltaire, Delille y otros grandes poetas le debieron buena parte de sus inspiraciones; repara de un modo admirable y todavía misterioso, las fuerzas físicas agotadas por el trabajo. De manera que si se consideran y elogian las máquinas como una creación de nuevos brazos, ¿qué diremos en elogio de una planta, cuyo fruto por una parte habilita al hombre para hacer una suma mayor de trabajo de la que le permiten sus fuerzas naturales, y por otra que descogiendo las alas de la imaginación aumenta los goces inefables del espíritu?

Y no se limita su acción al orden material é intelectual, sino que influye también en el orden moral de los individuos y de las sociedades. Con efecto, es uno de los mejores medios

conocidos de prevenir la embriaguez, que tantas desgracias produce, porque, siendo el café una bebida deliciosa y restauradora, disminuye el consumo de los licores alcohólicos. Por eso ha dicho Don Andrés Bello,

> Y el perfume le das, que en los festines
> La fiebre insana templará á Lieo.

Además de que, excitando el café las fuerzas vitales del hombre, el espíritu de éste se hace más sensible á lo bello: el cielo se colora de variados tintes, los campos ríen, y la naturaleza entera adquiere á su vista tan grande encanto, que siente aumentarse en sí el apego á la existencia. ¡ Á cuántos hipocondriacos no ha libertado el café del suicidio!

En presencia de todos estos efectos, y si fuera dable caracterizar una planta por un nombre abstracto, diríase que el árbol del café ha realizado la antigua fábula de la fuente Hipocrene, cuyas límpidas aguas saliendo del Pindo, comunicaban la inspiración poética; que el cafeto representa la poesía, esa poesía fantástica, maravillosa que, más que de ninguna otra parte, se exhala del Oriente.

J. J. de Acosta *(Pto. Rico.)*

EL BOSQUE DE CHAPULTEPEC.

¿Qué fué de aquellos hermosos verjeles, de aquellos bosques magníficos que los reyes de Tenochtitlán y de Tezcuco plantaron en los días de su grandeza, de su poder y de su gloria?..... ¡ Todo fué devastado por la barbarie de los conquistadores!

¡ Sólo tú, bosque grandioso, has sobrevivido á tanta devastación y á tantas ruinas! Tú embelleces todavía con tu frondosidad, con tu verdor y con tus sombras, ese sitio de tantos recuerdos, tan silencioso y lleno de misterios. Todavía

en tu recinto se levantan excelsos, robustos y lozanos, aquellos ahuehuetes, bajo cuya sombra reposó Cortés y la hechicera Malitzín, Moctezuma y sus concubinas, y sus guerreros valerosos. Todavía esos árboles gigantescos cubren con su ramaje la alberca en que se bañaron tantas hermosas indias del harén de aquel sultán; y oye aún, junto á esa alberca, aquel mismo murmurio que adormecía á los príncipes de Anahuac, cuando reposaban en el regazo de sus queridas, después de una victoria. Todavía, recorriendo tu recinto, podemos seguir aquellas sendas por donde vagaban los guardias de la corte, cazando pájaros y alimañas; y cuando vuelan las aves entre las selvosas ramas de tus árboles, parece que silban en el viento las flechas que disparaban aquellos cazadores. Porque bajo tus bóvedas de verdura, en la espesura de tus excelsos ahuehuetes, y en tus veredas tortuosas y sombrías, ¡ por todas partes hay recuerdos, por todas partes aparecen esas memorias de lo pasado, que por sí solas bastarían para hacerte, como eres, tan hermoso!

Venid á este bosque, hombres que amáis la soledad, y que buscáis inspiraciones. Veréis qué bello es, cuando en la alborada del día interrumpen las aves con sus silbidos el silencio con que se adormecía aquella naturaleza salvaje y misteriosa. La cumbre de los árboles más colosales se ilumina con el albor de la mañana, y entonces resaltan más esas sombras, entre las que se mecen suavemente las ramas de la selva. Por entre esas ramas flotantes y sombrías pasan algunos rayos de luz, y uno que otro pájaro atraviesa esas ráfagas, volando perezoso.

Al mediodía, la luz del Sol cae sobre el bosque, como una gasa de oro que flota entre las ramas. Entonces sorprende más ese hermoso contraste de sombras y de luz, que hace aquel sitio tan bello y misterioso. Uno que otro graznido, uno que otro canto interrumpe el silencio del bosque; porque las aves van en aquella hora á buscar sombra y frescura hasta la cumbre de los ahuehuetes, y á esconderse del sol entre los ramosos brazos de aquellos árboles.

En la tarde, el cielo se tiñe en el occidente de rosicler y nácar, se inunda con un fulgor purpúreo, ó se extiende en él un velo de topacio. Sobre esa tela de luz que flota en el ocaso, veréis cómo se diseñan con sus grandiosas formas, con sus membrudos brazos, y con su tupido y sombrío ramaje aquellos ahuehuetes, que aislados y dispersos, forman en el bosque grupos pintorescos. Entonces vaga entre ellos ese pájaro que llaman crepuscular, porque sale á cazar insectos, á la hora en que el lucero de la tarde centellea entre las ramas de la selva. ¡ Qué vago se percibe entonces en esta soledad el rumor de la corte populosa y el eco sonoro de las campanas, cuya voz resuena majestuosa, cuando el ángel de la oración baja á la tierra!

En la noche, la obscuridad del bosque es imponente, misterioso el silencio de aquel vasto recinto, y poético el murmurio del viento rumoroso.

Pero nada está en más armonía con la majestad y silencio de este antiguo bosque, que esa luz aperlada y suave, esa apacible claridad que la Luna derrama sobre la copa de los árboles, y esos rayos plateados del astro de la noche, que penetran entre las sombras, que vagan trémulos y brillantes cuando el follaje se agita al soplo de las auras. Entonces el silencio de la selva, interrumpido solamente por el murmullo de la noche, y la Luna que riela sobre las ondas de la alberca, y las sombras de los árboles, cuyas formas fantásticas varían á cada instante, todo da á Chapultepec un aspecto salvaje, y al mismo tiempo augusto y misterioso. Se transporta uno involuntariamente á los pasados siglos; y cuando entrevé algunos árboles cubiertos con la niebla vagarosa, cuando escucha el murmullo de los vientos, le parece ver un guerrero que pasa por la selva, un cazador parado bajo un árbol, y que se apoya en su arco formidable. Entonces, cuando se levanta de la alberca un vaporcillo que la Luna platea ligeramente, parece que asoma entre las aguas una de aquellas beldades indias en tiempo de Guatimoc y de Alvarado.

¡ Qué majestuosos sois, soberbios ahuehuetes, y qué venerable es vuestro aspecto, cubiertos con ese parásito ceniciento que crece sobre vuestras ramas y brazos gigantescos ! Al veros envueltos en él, se diría que el tiempo había ido acumulando sobre vosotros el polvo de los siglos. Ni las tempestades, ni el huracán, os despojan jamás de ese manto pardo y ondeante que os hace tan hermosos. ¡ Vivid aún por muchos siglos, árboles excelsos, que tantas veces habéis visto estallar sobre vuestras cabezas el rayo de los cielos !

¡ Ah ! Si en la soledad hay algunos genios que se recreen en contemplar las bellezas salvajes de una naturaleza vigorosa, magnífica y fecunda, yo les pido que sean propicios para vosotros, y que os preserven de la barbarie de los hombres. ¡ Ojalá la presente generación no llegue á ver por el suelo vuestros enormes troncos, ni mutilados vuestros brazos, ni marchito el verdor de vuestras ramas ! ¡ Ojalá y un siglo que presume de civilizado conserve y embellezca cada día más ese bosque, que los antiguos veneraron como sagrado, y que lo dejaron á su posteridad, como un monumento de civilización, como resto magnífico de una vegetación salvaje, exuberante y prodigiosa !

LUIS DE LA ROSA (*Méjico*).

NOCHE DE LUNA.

LAS noches iluminadas por la Luna tienen un no sé qué de melancólico misterio. Es dulce y es al mismo tiempo triste contemplar la naturaleza en esas horas en que duerme la creación entera, en que cesa el bullicio del mundo y sólo se escuchan á lo lejos rumores vagos y extraños, que ya parecen siniestros, ya acompañados de cierto encanto secreto.

Los rayos pálidos y apacibles de la Luna bañan las

NOCHE DE LUNA.

cúpulas galanas de la ciudad; desiertas están sus calles y sus plazas, el viento está tranquilo, el ambiente balsámico y agradable. De cuando en cuando resuena la sonora vibración de la campana, ó el graznar del ave agorera que fugaz atraviesa el firmamento. Diáfano y brillante está el cielo, por donde la Luna vaga silenciosa, eclipsando el brillo de todas las estrellas. ¡ Qué dulce es esa calma de la naturaleza! ¡ Y qué melancolía tan indefinida inspira al alma!

Yo no sé por qué en una noche de Luna amo la soledad, no sé por qué recuerdo los plácidos días de mi infancia que pasaron entre risas y juegos inocentes; y luego viene á mi memoria toda mi juventud, todas mis ilusiones, que muchas veces nacieron bellas y encantadoras á la luz de la Luna en las hermosas noches de Mayo.

Tú, ¡ oh Luna! eres el astro de paz. Cuando tú reinas, duerme el mundo, y parece tan bello y tan tranquilo como cuando salió de las manos de su Autor. Cesan de noche los proyectos insensatos de los hombres, y en el sueño se embotan la ambición y el odio, esas pasiones ruines que agitan á nuestra raza orgullosa, cuya vida es efímera como la del insecto que vive una hora tan sólo. Duerme el tirano y duermen sus víctimas, duerme el rico y el mendigo, y el sueño, como la muerte, iguala al género humano.

Pero el sueño del crimen es turbado por visiones espantosas; el remordimiento que se ahoga de día, se apodera de noche del alma del perverso, y mientras éste se cree entregado á horribles suplicios, blandamente sonríen los labios de la virgen pudorosa que sueña con su amante, y lo mira con ese amor que los ángeles sienten en el cielo..... Sigues impasible tu carrera, ¡ oh Luna! y vas visitando todo el orbe. ¡ Tú, mudo testigo de catástrofes y crímenes, tú serás acaso en el fin de los tiempos la pregonera del vicio y de la virtud, para hundirte luego en la nada! ¡ Sigue, sigue tu carrera inundando de luz la mísera Tierra, é inspirando blanda tristeza á quien te mira!

FRANCISCO ZARCO (*Méjico*).